

**EDUARDO
CASAR
GONZALEZ**

DIALOGO CON FRANÇOISE PERUS

PREMIO DE ENSAYO
CASA DE LAS AMERICAS 1975,
CON EL LIBRO *LITERATURA Y SOCIEDAD*
EN AMERICA LATINA

I. EL MODERNISMO*

— *Quisiera que señalara cuál es el contenido de la investigación con que obtuvo usted el premio Casa de las Américas 1975.*

— Se trata fundamentalmente de una investigación sobre el Modernismo y su representante más típico: Rubén Darío. Pero quisiera aclarar que la investigación de ninguna manera pretende ser erudita ni exhaustiva sino que apunta a una explicación global del fenómeno modernista. Tal explicación del fenómeno en su conjunto no se confunde, desde mi punto de vista, con una descripción minuciosa de sus rasgos inmanentes sino que consiste en analizar cómo la práctica poética de los modernistas y el doble proyecto —ideológico y estético— que la sustenta se articulan a partir y en función de una estructura socioeconómica históricamente determinada, que es la que confiere a la práctica en cuestión su significación más profunda. En función de esta concepción del hecho literario la investigación comprende dos partes fundamentales: en primer lugar el establecimiento de un marco teórico-conceptual a partir del cual se pueda pensar y recuperar con la mayor precisión posible esta relación compleja entre literatura y sociedad; en segundo lugar el análisis concreto del modernismo y de la producción dariana en función de los cambios estructurales que se producen en las formaciones sociales latinoamericanas a raíz de su inserción en el sistema capitalista mundial hacia 1870-1880. Trato de mostrar de qué manera dichos cambios estructurales conllevan una modificación del estatuto social del poeta tradicional y de la función de la poesía; cómo Darío percibe estos cambios y en qué forma busca, no sin dificultades y vacilaciones, adaptarse a ellos y cómo la visión del mundo a la que logra finalmente dar forma es la del antiguo letrado que asiste al eclipse del modo de producción que sustentaba su función y ve a la propia aristocracia tradicional a la que estaba ligado transformarse en “oligarquía”. Puesto que el surgimiento de esta nueva clase acarrea la creación de un nuevo grupo de intelectuales orgánicos —los positivistas— el poeta tradicional se encuentra bruscamente desplazado, lo cual le obliga además a redefinir el ámbito propio de la poesía y su misma función social. Así planteado el problema, hasta las vacilaciones, los vaivenes y las aparentes contradicciones ideológicas de Darío se vuelven comprensibles, ya que tiene su raíz en el proceso histórico mismo, en los desajustes que éste va creando en la estructura social.

— *¿Por qué envió su investigación precisamente a Casa de las Américas?*

— Bueno, en su concepción misma, esta investigación implica ante todo una ruptura con la crítica tradicional que tiende simple, a mi juicio, a explicar la literatura latinoamericana, cuando no en términos puramente retóricos, en términos “culturalistas”, esto es,

en función de las influencias externas que ha recibido (fundamentalmente las europeas), a valorarla en función de modelos foráneos erigidos en valores absolutos. Sin embargo, aunque dicha crítica constituya todavía la corriente dominante en el quehacer crítico actual, existe también una nueva tendencia, cada vez más nítida y poderosa, que plantea la necesidad de realizar las manifestaciones culturales del continente en función ya no de esos modelos sino de la propia circunstancia americana, o sea, en función del desarrollo histórico concreto de América Latina, puesto que es este desarrollo concreto el que permite el surgimiento de tal o cual manifestación artística, y es en función de él que estas manifestaciones adquieren significación. Pienso que esta nueva corriente no surge por casualidad sino que está íntimamente vinculada con la presencia de la revolución cubana, portadora de un proyecto auténticamente socialista, que conlleva la necesidad de una total revisión de la historia latinoamericana en su conjunto, la literatura inclusive. En este campo, Casa de las Américas desempeña un papel fundamental con sus ediciones y a través de los planteamientos de la revista. A estos planteamientos he intentado aportar una modesta contribución: era por lo tanto muy importante para mí el juicio de Casa de las Américas sobre un trabajo que, por estar realizado en condiciones de relativo aislamiento, podía correr el riesgo de errar totalmente.

— *¿Cómo considera usted la crítica que se ha hecho del Modernismo?*

— Como lo señalaba anteriormente, esta crítica se caracteriza en primer lugar por su empirismo, lo cual obviamente le ha permitido establecer un sinnúmero de datos, importantes los unos, irrelevantes los otros. Esto es lo que podría considerarse su aporte. Sin embargo, al no interrogarse sobre la pertinencia y la validez de sus enfoques, este tipo de crítica desemboca en una serie de callejones sin salida que se traducen en discusiones bizantinas acerca de las fechas exactas de iniciación del movimiento modernista (si con la prosa de Martí, *Los Versos sencillos* o el *Azul* de Darío, etc.). Lo mismo en cuanto a la extinción del movimiento, en cuanto a sus integrantes, precursores, etc. Todo depende en estas interminables discusiones del o de los rasgos escogidos por el crítico para caracterizar al Modernismo. Estos varían de un crítico a otro (y a veces también en un mismo crítico) de acuerdo a sus concepciones *a priori* de lo que es o debe ser la literatura. Ante la imposibilidad de resolver los problemas que se plantea —fracaso que ella misma se ve obligada a reconocer— esta crítica termina atribuyendo a su objeto de estudio sus propias inconsecuencias —así el Modernismo se vuelve “multifacético”, “eclectico”, “sincrético”, “heteróclito”, “barroco”, etc.— recurriendo a explicaciones ya sea de tipo metafísico o de tipo pseudopsicológico. De modo que empirismo e idealismo se complementan perfectamente.

Pienso que la única manera de salir de este círculo ideológico,

La autora nació en Francia, ha vivido en varios países latinoamericanos y actualmente radica en México. Es investigadora y profesora en la UNAM; imparte la cátedra de Literatura y Sociedad en la Facultad de Filosofía y Letras y se dedica, además, a desarrollar la segunda parte de su investigación sobre la literatura latinoamericana. Su ensayo premiado será publicado en breve por la editorial Siglo XXI.

que condena a la crítica a moverse indefinidamente entre la evidencia y el misterio con la correlativa imposibilidad de resolver los problemas más elementales de la historia literaria consiste en el reconocimiento de la literatura como hecho fundamentalmente social: a fin de cuentas lo que busca expresar estéticamente el escritor es una experiencia social inscrita, por lo tanto, en una estructura históricamente determinada. En cuanto a la percepción que de esta experiencia tiene, es obviamente tributaria del conjunto de ideas y representaciones vigentes en esa misma sociedad concreta en la que se formó, en la que vive y actúa como ser social. En fin, los medios de que se vale para proporcionar de esta experiencia y de su percepción un equivalente estético tampoco le vienen del cielo ni los forja *ex-nihilo*, sino que le son proporcionados por la tradición cultural que la misma sociedad, con su desarrollo material, pone a su alcance. Y por último, lo que lo convierte en escritor es la existencia en esta misma sociedad de un determinado público sensible a su mensaje y que comparte de alguna manera sus valores, incluso estéticos. Sin este soporte social el escritor simplemente no existiría como tal. Con lo cual quiero recalcar que toda práctica literaria es en todo sentido tributaria de la estructura social en la que se gesta y que es en función de esta estructura social que adquiere vigencia y sentido. Por consiguiente, la explicación de la sucesión de concepciones estético-literarias distintas junto con las prácticas asimismo distintas que les corresponden, no puede buscarse en la simple oposición de una escuela o tendencia a otra —oposición impulsada por una natural necesidad de renovación— sino que tiene su raíz profunda en las modificaciones y transformaciones de las estructuras sociales. A mi entender, la periodización en la historia literaria, como en cualquier otro campo histórico, está dada por las modificaciones de la estructura económico-social. Es en este nivel que deben efectuarse los cortes. Lo cual, por cierto, no contradice la posibilidad de desfaseamientos, en razón del carácter dialéctico del proceso histórico. En cuanto al problema del agrupamiento de los escritores en tal o cual movimiento —problema muy debatido por la crítica literaria— se resuelve sin mayores dificultades pasando por la noción de “visión del mundo” plasmada en las obras literarias consideradas y examinando la vinculación de esta visión del mundo —que implica también una determinada concepción de la función de la literatura— con las clases fundamentales en la formación social correspondiente.



— De acuerdo a esto ¿cómo plantea usted el problema de la pertenencia de Martí al movimiento modernista?

— La inclusión de Martí en el Modernismo sobre la base de una coincidencia de fechas unas veces, de similitudes estilísticas otras, o fundamentada en el encuentro de Martí con Darío y las demostraciones de aprecio y respeto mutuo que se prodigaron, me parece superficial y arbitraria. En efecto, la convergencia en la Cuba de fines del siglo pasado de las luchas independentistas con las luchas sociales que determina la rápida transformación de la sociedad esclavista en sociedad capitalista a raíz de la penetración norteamericana, abre la posibilidad de una perspectiva nacional y popular en la que se inscribe Martí. Por eso, si bien con Martí y con Darío se redefinen la función de la poesía y del poeta, es en direcciones diametralmente opuestas: mientras Darío busca definir y preservar un ámbito propio de lo poético —lo cual lo lleva a encerrarse en preocupaciones de orden metafísico y a sobrevalorar la función de lo estético— con Martí la poesía se abre a lo cotidiano y terrenal, se vincula con la historia, evoca las alegrías y las penas de los hombres en sus luchas y apela a su responsabilidad histórica; la gran importancia que concedía Martí a los problemas de orden estético no se opone a su concepción esencialmente social de la función de la poesía sino en la mente estrecha de unos cuantos críticos empeñados en crear falsas antinomias entre lo estético y lo político. En todo caso, no autoriza a tachar a Martí de esteta, ya que él subordinaba expresamente los problemas de forma a la expresión de un contenido. En suma, ni la concepción que tenía Martí de la función de la poesía, ni la visión del mundo que articula su poesía tienen nada de común con el Modernismo y tampoco se vinculan con los mismos sectores sociales. Nada, por lo tanto, autoriza a incluirle en el movimiento modernista.

— ¿Cuáles considera las tareas de la crítica literaria en América Latina?

— Yo creo que la función de la crítica, en América Latina como en cualquier otro lugar, consiste en devolver a la literatura su significación social, en mostrar cuáles son las condiciones objetivas y subjetivas que la hicieron posible, en mostrar su forma de inserción en una estructura social concreta y cómo adquiere su significación objetiva en función del contexto histórico al que debe su existencia. Pienso que sólo así entendida la literatura deja de ser un adorno, un inocuo objeto de lujo y recobra su función activa.

En este sentido pienso que la función del crítico es tan importante como la del escritor. Una crítica mal entendida puede desvirtuar totalmente la significación de la obra más comprometida reduciéndola por ejemplo a sus características formales. Y asimismo, pienso que bien leída, la obra aparentemente más alejada del proceso social puede decirnos mucho sobre éste y sobre las formas de conciencia que le corresponden y el por qué de sus limitaciones. Tal es precisamente el caso del Modernismo.